

César Rendueles

Capitalismo canalla

Una historia personal del capitalismo
a través de la literatura



Este ensayo propone una historia personal del capitalismo desde el siglo XIX hasta hoy. Un recorrido a través de obras literarias esenciales, de sus personajes, tramas y escenarios, para entender la evolución de un capitalismo salvaje.

Capitalismo canalla es un ensayo heterodoxo que entremezcla novelas canónicas como Robinson Crusoe o Fausto, autores clásicos como Blake o Dickens, con textos de culto como la novela distópica Mercaderes del espacio o la ucronía Tiempos de arroz y sal. César Rendueles incluye, además, sus propios recuerdos y experiencias, de manera que los diversos capítulos ofrecen una lectura novedosa y una visión original de la evolución del capitalismo como un personaje canalla aparentemente invencible, por uno de los pensadores más relevantes del nuevo siglo.

Junto a los ríos de Babilonia nos sentamos a llorar
con nostalgia de Sión.

Salmos, 137

PRÓLOGO

Durante la mayor parte de su vida, el filósofo Immanuel Kant tuvo a su servicio a Martin Lampe, un asistente que le ayudaba en las tareas domésticas y al que despidió en 1802, tras enemistarse con él por algún motivo que se desconoce. Kant tenía entonces setenta y ocho años, empezaba a mostrar signos de demencia senil y se servía de pequeñas notas en las que apuntaba toda clase de asuntos pendientes y tareas importantes. En una de ellas escribió: «El nombre de Lampe ha de ser completamente olvidado»^[1]. La gracia del asunto, claro, es que se trata de una especie de contradicción performativa. De la misma manera que esforzarse en conciliar el sueño es una receta infalible para cultivar el insomnio, escribir en una nota que hay que olvidar algo parece una excelente manera de grabarlo a fuego en la mente.

En cambio, la operación contraria es relativamente sencilla de realizar. En los años noventa del siglo XX la psicóloga estadounidense Elizabeth Loftus diseñó un elegante experimento que demostró la posibilidad de implantar recuerdos falsos en personas adultas perfectamente normales sin recurrir a ninguna técnica agresiva de lavado de cerebro^[2]. Loftus seleccionó a veinticuatro personas a las que entregó un informe en el que se relataban sucintamente cuatro recuerdos de su infancia: tres de ellos —obtenidos gracias a la complicidad de algún familiar— eran verdaderos, mientras que el cuarto nunca había tenido lugar (una historia acerca de cómo esa persona se había perdido de niña en un centro comercial). Loftus les pidió que dijeran si se acordaban o no de cada uno de los cuatro episodios y, en caso de que la respuesta fuera afirmativa, que hablaran sobre lo ocurrido. Lo sorprendente no fue tanto que el veinticinco por ciento de las personas que participaron en

el experimento aseguraran que el recuerdo falso había sucedido realmente, sino que lo adornaron con toda clase de detalles y lo relataron con auténtica emoción. Otros experimentos similares alcanzaron porcentajes de hasta el cincuenta por ciento de éxito en la inducción de falsos recuerdos.

El trabajo de Loftus tuvo una enorme repercusión pública porque rebatió la teoría de los recuerdos reprimidos, que durante la década de los ochenta justificó en Estados Unidos una avalancha de juicios por abusos sexuales a menores. En aquellos años miles de personas acudieron a los tribunales tras recordar en el transcurso de algún tipo de terapia psicológica supuestas agresiones que habían enterrado en un rincón de su mente. Loftus cuestionó la autenticidad de esos recuerdos con el argumento, bastante verosímil, de que la gente que ha padecido experiencias traumáticas no suele olvidarlas, más bien las recuerda obsesivamente.

Loftus se convirtió en una figura conocida y muy polémica. Fue acusada, no sin parte de razón, de ponerse del lado de los agresores y en contra de las víctimas y se ganó la enemistad de sus compañeros de profesión. Incluso llegó a recibir amenazas y tuvo que contratar guardaespaldas. Sin embargo, como recordaba el neurólogo Oliver Sacks, los experimentos de Loftus tienen también una lectura optimista. La fragilidad de nuestro sistema de memoria, tan concupiscente y poco fiable, tal vez sea un ingrediente importante de la imaginación y la empatía. Nuestro cerebro es un órgano voraz, y no muy escrupuloso, que digiere las experiencias ajenas, reales o no, y las incorpora a su propio acervo. «La indiferencia sobre las fuentes —escribía Sacks—, nos permite asimilar lo que leemos, lo que nos cuentan, lo que dicen otros y pensar, escribir y pintar, de una forma tan rica y tan intensa como si fuesen experiencias primarias»^[3].

Creo que, al menos en parte, esas palabras se pueden aplicar a nuestra relación con la historia y las ciencias sociales, que también son sistemas muy frágiles. Un verano coincidí con unos amigos catalanes en un pueblo a orillas del Cantábrico. Cada día, sus dos hijos observaban fascinados los cambios en las mareas, que en el norte de España son muy vivas. A veces el mar apenas dejaba una pequeña franja de arena y otras mañanas el agua se había retirado más de cien metros. Un día nos preguntaron: «Pero aquí cuando el mar está *normal, normal*, ¿dónde está?». Algo parecido pasa con las ciencias sociales. Como nuestra memoria, la historia, la sociología, la economía o la psicología recuerdan un poco al estado de duermevela en el que, a diferencia de lo que ocurre en los sueños, aún sabemos que existe la diferencia entre la realidad y la fantasía, entre la verdad y el error, pero es una distancia de grado, sutil y engañosa. Los hechos históricos nunca están «normal, normal». No forman una roca madre a la que podemos acceder tras ir levantando capa tras capa de sedimentos y ganga.

La cara amable de esta limitación es que también las ciencias sociales se han incorporado a nuestras vidas como si fueran experiencias primarias, recuerdos personales, pasiones desatadas. Conceptos como «clase social», «trauma» o «solidaridad» forman parte de nuestro vocabulario íntimo, de la forma en que nos entendemos a nosotros mismos y aquello que aspiramos a ser individual y colectivamente. La razón es que vivimos en sociedades opacas, que exigen ser explicadas y transformadas. Los grandes cataclismos que agitan nuestras vidas no son solo fenómenos naturales —malas cosechas, enfermedades o terremotos—, sino, sobre todo, procesos sociales misteriosos —como la desigualdad o las crisis económicas— que necesitamos entender.

Este libro explora ese terreno pantanoso en el que se unen historia, vida y ficción. Es una historia personal del capitalismo a través de algunos textos literarios muy heterogéneos. La palabra clave aquí es «personal». No he intenta-

do analizar sistemáticamente, con herramientas filológicas rigurosas, el modo en que la historia de la literatura se entrelaza con la evolución de la sociedad capitalista. Tampoco uso los textos literarios como fuente de información para analizar fenómenos históricos complejos. Más bien he intentado trazar una crónica ficticia de los dilemas políticos de nuestro tiempo mediante novelas, poesías y obras de teatro.

A lo largo de la historia, las clases dominantes se han distinguido por su paupérrima imaginación política. Los miembros de las élites siempre han estado plenamente convencidos de que el sistema político cuya cúspide ocupaban —ya fuera el esclavismo, el feudalismo o la tiranía— era inmovible y la única alternativa al caos. Se dice que Luis XVI llevaba desde adolescente un diario donde reflejaba sus preocupaciones cotidianas. La caza era su actividad favorita, así que en sus cuadernos se describen minuciosamente los animales que abatió (concretamente, 189 251 piezas en trece años). También merecen su atención las audiencias que concedió y las enfermedades que padeció, como indigestiones, catarros y ataques de hemorroides. Cuando no salía a cazar, no tenía audiencias ni padecía ninguna enfermedad, Luis XVI se limitaba a escribir en su diario: «nada». Lo curioso es que en todas las fechas famosas de la Revolución francesa aparece esa palabra. Lo único que tiene que decir el monarca a propósito de algunas de las transformaciones políticas de mayor impacto de la historia de la humanidad es «nada»^[4].

Durante muchos años hemos permitido que los poderosos escribieran «nada» en nuestros propios diarios. Hasta el punto de que hemos acabado por hacerlo nosotros mismos. Nos hemos vuelto todos como Luis XVI: miopes y, lo que es peor, escépticos respecto a los procesos de transformación social que están a nuestro alcance. Nos comportamos como si el capitalismo especulativo, las empresas de

trabajo temporal o las transnacionales fueran a existir dentro de mil años. No ha sido por un exceso de realismo, desde luego. Los discursos sociales hegemónicos —esos que en los editoriales de los periódicos pasan por el sentido común— son fantasías alucinógenas. Hemos entregado el control de nuestras vidas a fanáticos del libre mercado con una visión delirante de la realidad social, que nos dicen que nada es posible salvo el mayor enriquecimiento de los más ricos: ni profundizar en la democracia, ni aumentar la igualdad, ni limitar la alienación laboral, ni preservar los bienes comunes.

Las críticas teóricas sofisticadas que nos explican con exactitud las estructuras sociales reales que subyacen a la economía de casino y la cleptocracia son insustituibles. Pero resultan inútiles si no nos libramos, además, de esta siniestra docilidad que nos paraliza, si la posibilidad de la emancipación política no se trasluce en nuestros gestos cotidianos, un poco como nos viene a los labios a trompicones un verso aprendido en la infancia mientras nos lavamos los dientes. Y para ello, como sugería Sacks, es legítimo usar las experiencias ficticias como materia prima de la imaginación política desde la que proyectar el futuro que queremos.

Eso es lo que he intentado en este libro. En cierto sentido, es la contrapartida del experimento de Loftus. Los economistas ortodoxos emplean pedazos de realidad para construir sus fantasías matematiformes. Yo he intentado usar fragmentos imaginados para reconstruir el rastro de procesos reales que han quedado disueltos en el medioambiente lisérgico del capitalismo contemporáneo. Así que al menos estoy en condiciones de asegurar que los textos literarios y los hechos históricos comentados en este ensayo han sido cribados con un procedimiento hermenéutico muy coherente: su interpretación se corresponde exactamente con la forma en que han sido entendidos en mi cabeza (a veces con nada más). A su vez, todos los hechos autobio-

gráficos recogidos en este libro reflejan fiel aunque exclusivamente el modo en que los viví dentro de mi cabeza (en muchas ocasiones solo allí).

Cuando empecé a escribir estas páginas me puse dos condiciones. La primera era que no leería nada nuevo, utilizaría solo los libros que ya conocía. La segunda, que no escogería los textos en función de su calidad literaria, su pertinencia histórica o su intencionalidad política, sino únicamente como instrumentos para elaborar una argumentación. Quería asegurarme de que no iba a caer en la tentación de elaborar un canon estético o político. Así que en este ensayo hay enormes ausencias de libros y autores que han sido muy importantes para mí y me acompañan desde hace décadas, empezando por Homero y Virgilio, y terminando por Austen, Proust o Hikmet. Hay poca poesía y poco teatro y demasiados novelistas varones y anglosajones. Por supuesto la historia del capitalismo que expongo no es ni remotamente la única posible. Cada uno de los procesos o acontecimientos de los que hablo a través de textos de ficción ha sido objeto de encarnizados debates científicos que siguen en curso.

El primer capítulo es un intento de mostrar la excepcionalidad histórica del mercado generalizado. En la mayor parte de las sociedades tradicionales la competencia comercial ha desempeñado un papel muy limitado. La colonización mercantil de todos los ámbitos de nuestra vida tiene un origen muy reciente y tal vez su final también sea inminente. Precisamente, el segundo capítulo analiza el surgimiento de un tipo de comercio muy peculiar: el mercado de trabajo. No todas las desigualdades de nuestras sociedades tienen que ver con la posición que ocupamos en el mercado laboral, pero sí algunas de las más importantes y duraderas. De nuevo, a lo largo de la historia de la humanidad, muy poca gente ha necesitado vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario para subsistir. Y cuando empezamos a hacerlo masivamente no fue porque nos pare-

ciera una idea particularmente atractiva, sino porque no nos dejaron otra opción.

El tercer capítulo habla de la estructura de los conflictos políticos característicos de los inicios del capitalismo y que en buena medida hemos heredado. El objetivo de los revolucionarios decimonónicos era recuperar la soberanía colectiva que el mercado había usurpado para, a través de la deliberación democrática, instaurar un sistema social más justo y libre. En ese sentido, rechazaban los sometimientos y supersticiones de las sociedades tradicionales pero no se resignaban al individualismo egoísta. Buscaban una sociedad al mismo tiempo libre y solidaria, unida pero no opresora. Sin duda es un cóctel complejo, tal vez imposible.

El capítulo cuatro rastrea el origen de la forma de organización laboral característica de la sociedad industrial. No deja de ser extraño que en nuestros centros de trabajo, en los que pasamos una enorme cantidad de tiempo, aceptemos condiciones de subordinación que en cualquier otro ámbito de nuestra vida nos resultarían repugnantes. De hecho, en buena medida, la instauración de los regímenes laborales típicos del capitalismo está íntimamente conectada con la historia de la esclavitud y el colonialismo.

El capítulo quinto analiza la gran crisis económica, social y política de principios del siglo XX, cuando estallaron las tensiones acumuladas a lo largo del proceso de gestación del capitalismo. El resultado fue atroz, en pocos años se produjeron dos guerras mundiales, una de las peores crisis económicas de la historia y un brutal ascenso del totalitarismo. Pero ese fue el germen también de los distintos intentos de la posguerra por embridar el mercado y construir sociedades más democráticas. Se trata de una herencia que hoy, en el cénit histórico de la mercantilización, resulta particularmente controvertida. En ese sentido, el capítulo seis trata de entender algunos callejones sin salida del proyecto del Estado de bienestar, que supuso una cierta renuncia a las aspiraciones de emancipación política de la tradición re-

volucionaria y una aceptación de la vida dañada por el consumo y el trabajo asalariado. Esas limitaciones explican, al menos en parte, el éxito de la contrarreforma neoliberal que ha transformado el mundo desde los años setenta.

El último capítulo es una aproximación a la pérdida de legitimidad social de las instituciones políticas y económicas en la actualidad. Antonio Gramsci describía las crisis como esos momentos en los que lo viejo se muere sin que pueda nacer lo nuevo. Nuestro paisaje social recuerda más a un apocalipsis zombi. La economía ortodoxa y la política hegemónica son muertos vivientes que se siguen moviendo, causando toda clase de sufrimientos y emitiendo rugidos inarticulados. Al mismo tiempo, problemas que imaginábamos apaciblemente enterrados, como la lucha de clases, han resucitado con una violencia salvaje. La buena noticia es que por primera vez en décadas intuimos la existencia de una salida de emergencia, escarpada y en parte cegada, hacia la democracia radical.

1

ROBINSON CRUSOE Y EL CAPITALISMO CANALLA

Se dice que W es un islote de la zona más occidental de Tierra del Fuego, en la región austral de Chile. Seguramente está situado en algún lugar entre las islas O'Brien y Londonderry, cerca de la cordillera de Darwin. La isla mide apenas quince kilómetros y está completamente aislada del mundo exterior. Carece de lugares de desembarco natural, está rodeada de arrecifes y precipicios y hasta su colonización, a finales del siglo XIX, permaneció desierta.

Georges Perec atribuye la creación de la colonia a un tal Wilson, aunque nadie lo sabe con certeza. Tal vez W fue fundada por piratas o por entusiastas del ideal olímpico. El caso es que W es hoy un país cuya vida social gira en torno al deporte. Se trata de una nación de atletas en la que deporte y vida se confunden: «La orgullosa divisa *FORTIUS ALTIUS CITIUS* que adorna los pórticos monumentales a la entrada de las poblaciones, los magníficos estadios con suelos de ceniza perfectamente cuidados, los gigantescos diarios murales que publican a todas horas del día los resultados de las competiciones, los triunfos cotidianos reservados a los vencedores, la vestimenta de los hombres —un sobretodo gris que lleva a la espalda una inmensa W blanca—, tales son los primeros espectáculos que se muestran al recién llegado»^[5].

En W se ha desarrollado un sutil entramado institucional para promover la competición y el ansia de victoria. Por ejemplo, los vencedores en las pruebas deportivas son agasajados, como es natural, con grandes honores y banquetes exquisitos. En cambio, los vencidos son privados de la cena. No es una típica muestra de desigualdad en el acceso a bienes suntuarios, sino un mecanismo para incentivar la competencia. El ayuno nocturno no pone en peligro la vida de los atletas ni los deja en una situación de subalimentación. Todos ellos ingieren tres comidas diarias que, sin embargo, están cuidadosamente planificadas para no permitir un rendimiento deportivo óptimo, ya que carecen de azúcar o de vitamina B1. Se trata, en suma, de un método para que el miedo impulse a los competidores a superar sus propios límites. Aquellos atletas que nunca ganan van teniendo cada vez menos posibilidades de hacerlo.

Las leyes del deporte son crueles con los perdedores. En el mejor de los casos, los vencidos son objeto de humillaciones. Pero cuanto más importante es la competición y mayores honores obtienen los ganadores, más se castiga a los perdedores. En la prueba reina de los Juegos Olímpicos, la carrera de los cien metros lisos, los vencidos tienen que pasar desnudos entre dos filas de verdugos que los azotan con látigos para después exhibirlos durante días en cepos de madera. En ocasiones, el último corredor en llegar a la meta es condenado a muerte y lapidado por los espectadores del estadio. Su cadáver es descuartizado y sus despojos colgados de ganchos de carnicero que penden del emblema olímpico. Finalmente son arrojados a los perros.

Sí. Los ideales atléticos de W, los cuerpos fibrosos y los laureles, esconden una pesadilla social extremadamente jerarquizada, misógina, sanguinaria y cruel: «Los veteranos expulsados de los equipos y que no han conseguido un puesto, a los que se llama mulos, no tienen ningún derecho, ninguna protección. Los dormitorios, los refectorios,

las duchas y los vestuarios les están prohibidos. No tienen derecho a hablar; no tienen derecho a sentarse. Son con frecuencia despojados de su ropa y de su calzado. Se amontonan junto a los cubos de basura, rondan por la noche junto a los patíbulos intentando arrancar de las carroñas de los vencidos lapidados y colgados algunos jirones de carne»^[6].

W, la novela, imagina cómo sería una sociedad basada en la competencia extrema y generalizada. Perek intentó recrear literariamente su propia pesadilla infantil sobre el universo concentracionario —su madre fue asesinada en el campo de exterminio nazi de Auschwitz—: un sistema burocrático demoníaco diseñado para reducir la vida humana a una pelea atroz por una subsistencia sin sentido. Pero *W* es también una parábola de la exotividad de la sociedad de mercado.

Muchos políticos y científicos sociales intentan convencernos de que la sociedad de mercado es la consumación de un impulso humano universal: los niños intercambian canicas, los trobriandeses, conchas, y hoy se negocian derivados financieros y derechos globales de emisión de gases de efecto invernadero. Es difícil exagerar hasta qué punto esta supuesta continuidad es engañosa. Casi todas las sociedades han conocido el comercio, sí, pero solo como una realidad marginal con un peso muy limitado en su vida en común. El mercado era un lugar concreto —la plaza del mercado— al que se acudía unos días concretos —los de mercado— a intercambiar unos pocos bienes.

En realidad, vivimos en una civilización única en la historia. Por primera vez una inmensa cantidad de personas basamos nuestro sustento material y nuestra organización social en la práctica generalizada de tratar de obtener ventaja de los demás. No en los estadios, sino en los mercados de trabajo, inmobiliarios, de alimentos, de transporte, culturales, energéticos... Cada mañana, al salir de casa, nos enfrentamos a personas a las que tratamos de vencer en una

sucesión sin fin de desafíos comerciales: venda caro, compre barato. La historia de la modernidad es, en primer lugar, la crónica de la subordinación de toda nuestra vida social a las relaciones comerciales. No fue un proceso automático o inesperado, sino el resultado de luchas políticas desesperadas y aún en curso.

Perec escribió *W* entre 1970 y 1974, en la época heroica de la contrarrevolución neoliberal. El 11 de septiembre de 1973, en Santiago de Chile, no lejos de *W*, un golpe de Estado impulsado por Estados Unidos derrocó el gobierno democrático del socialista Salvador Allende. El propio Perec lo expresó así: «He olvidado las razones que me hicieron escoger, a los doce años, Tierra de Fuego para instalar allí *W*. Los fascistas de Pinochet se han encargado de dotar a mi fantasma de un último eco: hoy día varios islotes de Tierra de Fuego son campos de deportados»^[7]. El golpe de Pinochet cerró la posibilidad de una alternativa democrática al capitalismo en Sudamérica y fue el inicio de un régimen de terror que sumió en la miseria a millones de personas y urbanizó políticamente el continente para las transnacionales. El economista canadiense Michel Chossudovsky, asesor del gobierno de Allende, recordaba así lo ocurrido:

Apenas unas pocas semanas después del sangriento golpe militar del 11 de septiembre de 1973 en Chile, la junta militar encabezada por el general Augusto Pinochet ordenó un alza del precio del pan de 11 a 40 escudos, un abrumador aumento del 264% de la noche a la mañana. Este «tratamiento de choque económico» había sido planeado por un grupo de economistas llamado los «Chicago Boys». A la vez que los precios se disparaban, los salarios fueron congelados para asegurar «la estabilidad económica y detener las presiones inflacionarias». El país entero se vio arrojado a la extrema pobreza; en menos de un año el precio del pan había aumentado treinta y seis veces; el 85% de la población chilena había sido empujada a cruzar la línea de la pobreza^[8].